

111
ACTUALIDAD POLÍTICA

LA COALICION
EL FAVORITO I EL REI

Episodio histórico traducido i extractado
de Lord Macaulay

PARA

«LA LIBERTAD ELECTORAL»



SANTIAGO

IMPRESA DE «LA LIBERTAD ELECTORAL»

1890—Bandera 41

15115 220162

6
ACTUALIDAD POLÍTICA

LA COALICION
EL FAVORITO I EL REI

Episodio histórico traducido i extractado
de Lord Macaulay

PARA

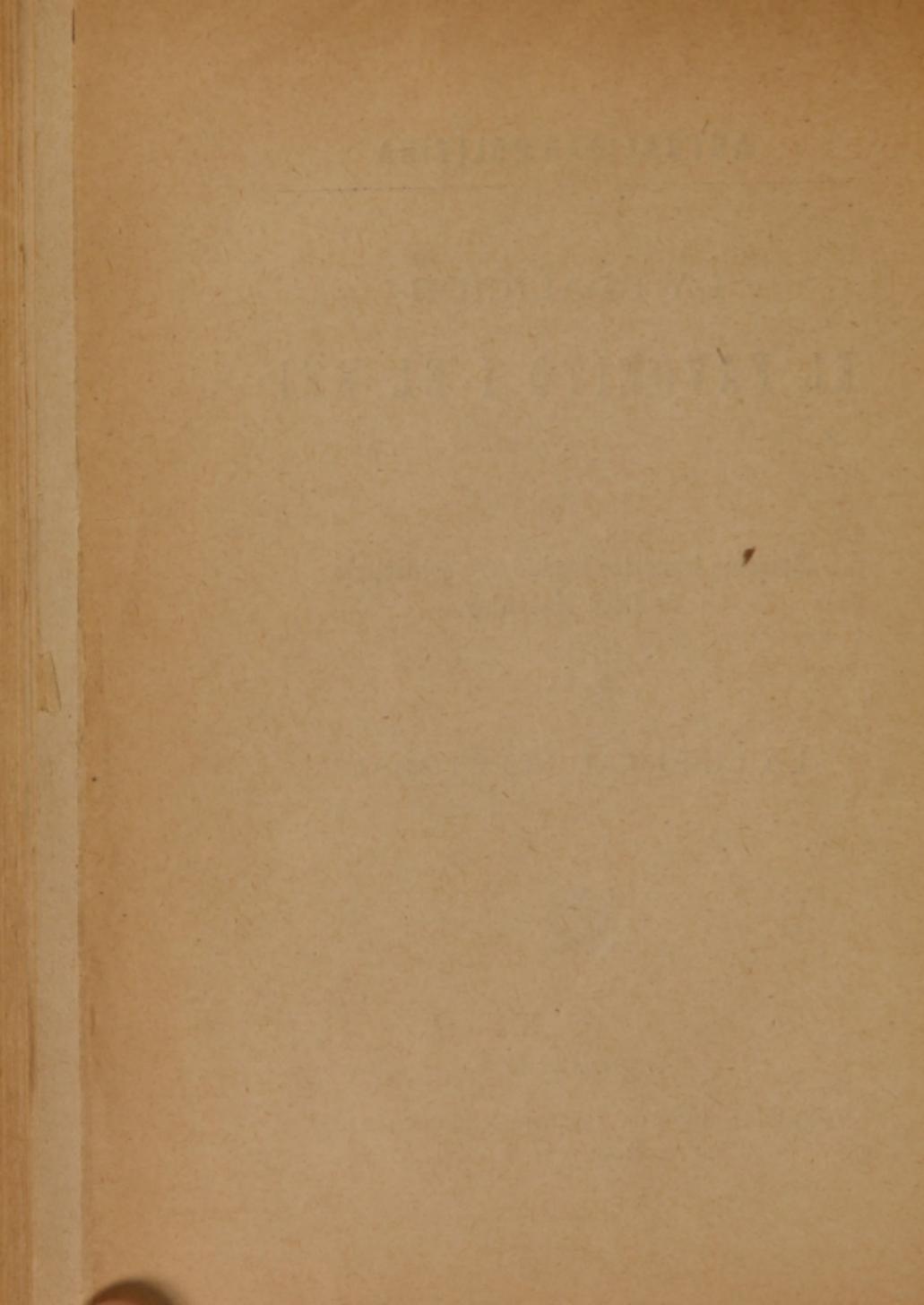
«LA LIBERTAD ELECTORAL»



SANTIAGO

IMPRESA DE «LA LIBERTAD ELECTORAL»

Bandera 41



LA COALICION, EL FAVORITO I EL REI

Episodio histórico particularmente interesante en nuestra actualidad política, por la singular analogía que con ella ofrece en el conjunto i en muchos de los detalles. Escribíalo en inglés el insigne Macaulay, i ahora se publica aquí, traducido i extractado, para leccion de algunos, advertencia de muchos i deleitosa ilustracion de todos. Dividido en párrafos, a modo de actos, para mayor claridad, dedícalo el traductor

AL EXCMO. PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA,

A SU FAVORITO,

A SUS MINISTROS I COMPARTES.

Santiago de Chile, a 1.º de marzo de 1890.

I

La coalicion liberal

A mediados del siglo XVIII, habíase suspendido la antigua animosidad de los dos grandes partidos históricos de Inglaterra, los whigs i los torics, los

liberales i los conservadores, representantes de dos grandes principios igualmente necesarios para la felicidad de las naciones.

El uno es particularmente el guardian de la libertad, i el otro, el guardian del orden. Es el uno la fuerza motriz, i el otro, la fuerza conservadora del Estado. El uno es la vela, sin la cual la sociedad no avanzaria, i el otro es el lastre, sin el cual correria riesgo de zozobrar en la tormenta.

Pero, durante los 46 años que se siguieron al advenimiento de Jorje I i de la casa alemana de Brunswick-Hanover, aquellos caractéres distintivos de los dos partidos parecian haberse borrado.

El whig habia creído que, para servir la causa de la libertad política i relijiosa, no tenia mejor medio que el de sostener con todas sus fuerzas la dinastía estrangera protestante. El tory habia creído que el mejor medio de probar su odio a las revoluciones era el de atacar un gobierno nacido de la revolucion. Con el tiempo, uno i otro, poco a poco, fueron dando mas importancia a los medios que al fin, i así llegaron a encontrarse en situacion que no les era natural. Como dos animales trasportados a climas que no les convienen, uno i otro languidieron i dejeneraron. El tory, alejado del calor de la corte, era como un camello en las nieves de la Laponia. El whig, calentándose a los rayos del calor real, era como un reno en las arenas de la Arabia.

Así se transformaron, revistiendo cada uno gradualmente la forma i los colores de su adversario, tanto que el tory concluyó por llevar alta la frente como devoto de la libertad, i el whig, por arrastrarse a los piés del poder.

Verdad es que, cuando discutian cuestiones puramente especulativas, i sobre todo, cuando discutian la conducta de sus antecesores, aquellos políticos degenerados parecian diferir entre sí como habian diferido sus antepasados; pero, en las cuestiones prácticas pendientes, el tory habia llegado a ser reformista, i reformista imprudente e inmoderado, i el whig, conservador hasta la supersticion.

Largo tiempo fué necesario, sin embargo, para que comenzara a calmarse la mutua animosidad, porque está en la naturaleza de los partidos conservar sus antiguos odios con mayor firmeza que sus antiguos principios; pero, poco a poco, fueron dándose pasos en el sentido de la conciliacion.

Mientras Walpole estuvo a la cabeza de los negocios, la guerra declarada a su autoridad dividió a los whigs, que dominaban en el poder, i arrastró a una fraccion de ese partido, encabezada por el heredero presuntivo de Jorje II, a formar alianza con los tories i hasta a concluir una tregua con los Jacobitas que suspiraban por los Estuardos. Despues de la caída de sir Roberto, el partido tory dejó de ser el desterrado de la corte: algunos de sus miembros fue-

ron admitidos a funciones públicas, si bien de secundaria importancia, i esta condescendencia fué produciendo el efecto de apaciguar al partido entero, llegando a producirse cierta especie de apatía del espíritu público, a penas interrumpida por las tentativas del descendiente de los Estuardos, que se puso a la cabeza de una revuelta, i del heredero de los Brunswicks, que se puso a la cabeza de una oposicion. Revuelta i oposicion abortaron: la batalla de Culloden (1746) aniquiló a los Jacobitas; la madre del príncipe Federico de Gales disolvió la faccion que, bajo la direccion de éste, habia procurado entrabar el gobierno de su padre. El sopor político se hizo completo.

Cinco años despues de la prematura muerte del príncipe heredero, el espíritu público se ajitó violentamente; mas, esa agitacion ninguna relacion tuvo con las antiguas luchas de whigs i de tories. La Inglaterra estaba en guerra con la Francia (guerra de siete años). Las operaciones habian sido débilmente dirigidas: Menorca habia sido arrebatada; la escuadra inglesa se habia batido en retirada ante el estandarte blanco de la casa de Borbon. Todo otro sentimiento fué avasallado por un amargo sentimiento de humillacion, que era nuevo para el mas bravo i mas altivo de los pueblos.

El clamor de todos los condados i de todas las grandes ciudades del reino estalló, exijiendo al go-

bierno que levantase el honor de las armas inglesas. El gabinete cayó, produciéndose una prolongada crisis ministerial.

Los dos hombres más poderosos en el país eran el duque de Newcastle y M. Pitt, a quienes una alternativa de victorias y de derrotas parlamentarias había hecho comprender que ni el uno ni el otro podía mantenerse por sí solo. Los intereses del Estado y los intereses de su propia ambición los impulsaron a coaligarse.

Las prevenciones del rey contra Pitt, la soberbia de éste y la liviandad y perfidia del duque de Newcastle retardaron la solución de la crisis; pero, al fin, después de once semanas pasadas sin ministerio, el rey tuvo que someterse y aceptar uno de coalición, en el cual se combinaron felizmente, en armonioso concierto, las fuerzas más variadas y al parecer más incompatibles.

Newcastle llevó a la coalición gran suma de poder que había heredado de Walpole y de Pelham: los empleos públicos, la iglesia, los tribunales, el ejército, la marina, la diplomacia rebosaban de sus creaturas; las grandes familias whigs, amoldadas durante muchas generaciones a la disciplina de las guerras de partido, lo reconocían por su jefe. Tomando a su cargo la tesorería y el patronato eclesiástico y civil, tomó también el manejo de los fondos secretos, que entonces se invertían en comprar a los miembros del parlamento.

El lodo de todos los desagües inmundos i pestilenciales del gobierno se derramaba por su conducto: los políticos menudos que suspiraban por los títulos de comisarios, por los bastones de oro i las cintas condecorativas, se dirijian enfilados a casa de Newcastle. Al levantarse éste, cada mañana aparecian en su antecámara diez o veinte pares de mangas blancas, porque no habia un prelado que no le debiera su elevacion primera o su ascenso posterior. Allí concurrían los miembros de la cámara de los comunes cuyos votos silenciosos constituian la principal fuerza del gabinete: el uno necesitaba un puesto para su protejido; el otro llegaba a hablar de una prebenda para su hijo; un tercero murmuraba al oído del duque: que siempre habia sido fiel a Su Gracia i a la dinastía reinante, que su última eleccion habia sido bien costosa, pues los electores no tenían conciencia, que así habia tenido necesidad de pedir préstamos con hipoteca i que no sabia de qué lado volverse para encontrar unas 500 libras esterlinas.

El duque apretaba todas las manos, echaba sus brazos sobre todos los cuellos, daba sus palmaditas sobre todas las espaldas, i despachaba a los unos, con gajes, a los otros, con promesas.

Pitt tenia todo lo que faltaba a Newcastle: una elocuencia que sacudia las pasiones i encantaba la imaginacion, i junto con una alta reputacion de integridad, la confianza i el ardiente amor de las masas

Tomó para sí en el gabinete la parte que mas convenia tambien a su naturaleza: una de las secretarías de Estado i la direccion de la guerra i de las relaciones exteriores. Se apartó i se mantuvo siempre alejado de aquel indigno tráfico confiado a Newcastle. Su alma levantada no solo lo hacia personalmente incorruptible, sino que lo hacia tambien rechazar con asco la tarea abyecta de corromper a los otros. Sin embargo, habia estado veinte años en el parlamento i diez en el poder para saber cómo se pasaban las cosas del gobierno. Sabia perfectamente que sus colegas ejercian la corrupcion en grande escala. Detestando esa práctica, pero desesperando de poder destruirla, resolvió cerrar los ojos: no queria ver nada, saber nada, creer nada. Cabe preguntarse si no debia su popularidad mas a la fuerza de su carácter que a su elocuencia o a su talento para la administracion de la guerra.

Cuando el gran burgués, sin las ventajas del nacimiento i de la fortuna, i a pesar del desagrado con que lo aceptaban la aristocracia i la corte, habia llegado a hacer de él mismo el primer hombre de Inglaterra, i a hacer de la Inglaterra la primera nacion del mundo; cuando su nombre era repetido con espanto en todos los palacios del continente, desde Lisboa a Moscou; cuando sus trofeos se levantaban en las cuatro partes del mundo, era siempre Guillermo Pitt, simplemente, sin titulos ni cintas, sin pensiones ni

sinecuras. Cuando llegue para él la hora de retirarse, despues de haber salvado el Estado, el Gran Diputado de los Comunes, se verá obligado a vender los caballos de su coche i sus candeleros de plata. Por estendida que estuviera la mancha de la corrupcion, sus manos quedarian siempre limpias: jamás recibieron i jamás pagaron el precio de la infamia.

De esta suerte, se encontraron por primera vez reunidas la influencia que nace de una probidad sin tacha i la influencia que se desprende de las mas viles maniobras de la corrupcion, el poder de las relaciones aristocráticas i el poder del entusiasmo popular. Así, la coalicion recojió a la vez el apoyo de todo lo que hai de noble i de todo lo que hai de bajo en la naturaleza humana. Era fuerte con todas las fuerzas reunidas de la virtud i de la maldad.

Pitt i Newcastle eran primeros ministros *ex aequo*. Los puestos inferiores fueron distribuidos segun el principio de que era preciso concentrar en un mismo gobierno a todos los partidos i a todos los matices de partido, con escepcion de los Jacobitas declarados. Debian ser admitidos todos los hombres públicos cuya situacion i cuyos talentos podian ser útiles en el gobierno o peligrosos en la oposicion.

Los whigs, conforme al derecho que por prescripcion consideraban pertenecer a su partido, tenian la mayor parte del poder. El principal sostén del nuevo gobierno era lo que podia llamarse el gran círculo

whig, círculo que, durante mas de medio siglo, habia habitualmente ejercido la accion predominante en el país, i que sacaba inmensa autoridad del rango de quienes lo componian, de sus riquezas, de sus feudos electorales. A este círculo, de que era jefe el duque de Newcastle, pertenecian las familias de los Cavendish, de los Lennox, de los Fitzroy, de los Wentworth i muchas otras de alta alcurnia.

Habia además otros dos círculo whigs, cada uno de los cuales podia formar el núcleo de una poderosa oposicion. Se les denominaba de los Grenvilles i de los Bedfords. Para unos i para otros, se encontró colocacion en el gobierno de la coalicion.

El jefe de los Grenvilles era Ricardo, conde de Temple. Ni para la administracion ni para las discusiones tenia talentos superiores; pero, sus vastas propiedades territoriales, su carácter turbulento i sin escrúpulos, su actividad infatigable i su habilidad ejercitada en la táctica de las facciones, hacian de él uno de los enemigos mas temibles que pudiera tener un ministerio. Fué nombrado guarda-sellos. Su hermano Jorje ocupó la tesorería de la marina. Pasaban por encontrarse con Pitt en pié de estrecha amistad, como que éste se habia casado con la hermana de aquéllos, i jamás mujer alguna ejerció sobre su marido mayor imperio que aquélla sobre Pitt.

Los Bedfords hacian profesion de dejarse conducir por Juan, duque de Bedford; pero, de hecho,

ellos lo conducian a él. No carecia el duque ni de cabeza ni de corazon, i seguramente habria sido un hombre respetable, i tal vez un hombre distinguido, si hubiese estado menos sometido a la influencia de sus amigos, o si hubiese sido mas feliz en la eleccion de sus amigos, a algunos de los cuales hai que hacer la justicia de decir que eran jentes de talento; pero, ahí debe detenerse su elojio. La riqueza i el poder del duque, los talentos i la audacia de algunos de sus adherentes podian causar graves molestias al ministerio mejor establecido. Se aseguró su concurso: el duque fué lugarteniente de Irlanda, Rigby fué su secretario, i el círculo entero sostuvo religiosamente todas las medidas del gobierno.

Poco tiempo antes, dos hombres habian aparecido, capaces de disputar a Pitt la direccion de la cámara de los comunes: Guillermo Murray i Enrique Fox.

Pero Murray habia pasado a la cámara de los lores i era juez del banco del rei. Fox sí que ocupaba siempre su asiento en la cámara de los comunes: tambien se encontró el medio de asegurar, si no su concurso enérgico, a lo menos su asentimiento tácito. Era pobre i padre apasionado. El puesto de pagador jeneral durante una guerra dispendiosa era por entonces el puesto mas lucrativo de que el gobierno pudiera disponer: se confirió ese puesto a Fox, i éste no pudo resistir a la tentacion de acumular en pocos años una espléndida fortuna i de

proveer ámpliamente al porvenir de su mui amado hijo Carlos (llamado a gran celebridad posterior).

Era en verdad descender mucho el ocupar una posición secundaria, aunque lucrativa, despues de haber sido *leader* de la cámara de los comunes i de haber sido dos veces encargado por el rei de organizar un gabinete; pero, no habia en el carácter de Enrique Fox lugar para un sentimiento delicado de dignidad personal.

No hai para qué enumerar a todos los demás hombres de nota que, por un lado o por otro, fueron ligados al nuevo gobierno.

El hecho es que, en toda la cámara de los comunes, solo dos hombres distinguidos quedaban, que ningun vínculo tenian con el gabinete, i esos dos hombres estaban graduados tan abajo en la opinion pública, que el solo servicio que podian prestar a un gobierno era el de hacerle oposicion. Queremos hablar de Jorje Sackville i de Doddington.

Hasta los tories fueron en parte satisfechos por Pitt con algunos empleos subalternos, principalmente en el comando de las milicias, lo que aumentó sus rentas i su importancia en los condados. Con esto, se pusieron de tan buen humor como nunca habian estado desde la muerte de la reina Ana. Algunos del partido continuaban todavía sus refunfuños, bebiendo su ponche en un rincon; pero, en la cámara de los comunes, no habia un solo descontento

que se atreviese a levantar sus ojos mas alto que la hebilla del zapato de M. Pitt.

Las primeras medidas del gobierno de la coalicion cambiaron desde luego el éxito de la guerra. Despues de algunas ventajas en las costas de Francia, una sucesion de brillantes victorias llenó de entusiasmo i de orgullo a la nacion i elevó al mas alto punto la gloria del ministro a cuya enerjía i habilidad se habia confiado la direccion de la guerra.

En julio de 1758 fué tomada Louisbourg. La isla del Cabo Breton cayó en poder de los ingleses. La flota francesa en América fué destruida, i las banderas tomadas fueron paseadas por las calles de Londres i suspendidas en la catedral de San Pablo, entre las salvas del cañon i las aclamaciones de la multitud. El año 1759 se abrió con la conquista de Gorea. En seguida, cayeron la Guadalupe, Ticonderoga, Niágara. La escuadra de Tolon fué completamente batida por Boscawen en el cabo Lagos. La noticia de la gran victoria de Wolfe i de su gloriosa muerte sobre los muros de Quebec, hizo llegar a la locura el entusiasmo de la nacion, i a penas hubo el parlamento votado un monumento al vencedor de Moncalm, la destruccion de la escuadra de Brest provocó un nuevo estallido de universales aplausos. Whigs i tories rivalizaban en elojios para celebrar el jenio i la enerjía de Pitt. Nadie hablaba de sus colegas, nadie pensaba en ellos: la cámara de los co-

munes, las colonias, los aliados, los enemigos, todo el mundo tenia puestos los ojos sobre Pitt.

El parlamento se habia reunido únicamente para votar actos de gracia i monumentos, i para acordar, sin una sola observacion, subsidios dos veces superiores a los que habia votado durante la guerra precedente de la alianza jeneral (sucesion de Austria).

Llegó el año de 1760, i los triunfos siguieron a los triunfos. Cayó Montreal, el Canadá entero fué sometido, i las flotas francesas sufrieron una serie de desastres en Europa i en América.

En el extremo oriente, se realizaban hazañas i conquistas que igualaban en rapidez a las de Cortés i de Pizarro, sobrepasándolas en estension: en tres años, los ingleses fundaron allí un poderoso imperio; los franceses fueron batidos en todos los rincones del Indostan.

En el continente europeo, la enerjia de Pitt triunfó igualmente de todas las dificultades. Con sus cuantiosos socorros pecuniarios, puso a su activo i capaz aliado Federico II de Prusia en situacion de hacer frente a sus temibles enemigos, la Rusia i el Austria. Un ejército de ingleses i hanoverianos rechazó a los invasores del electorado: los franceses fueron batidos en Crevelt, i luego despues, sufrieron la mas completa i humillante derrota de Minden.

I en medio de esta portentosa serie de victorias, la nacion inglesa rebosaba de prosperidad i de riqueza.

La situación que el primer Pitt ocupaba a fines del reinado de Jorge II, era la mas envidiable que hombre político alguno haya jamás ocupado en Inglaterra. El éxito de las armas inglesas se debía, en verdad, menos a la habilidad de su director, que a los recursos de la nación i al espíritu de la nación; pero, era a Pitt a quien se debía el vuelo del espíritu nacional. El ardor de su alma habia comunicado el fuego al reino entero; él era el que inflamaba a los soldados que arrastraban sus cañones en las alturas de Quebec, i a los marinos que abordaban los navíos franceses entre las rocas de la Bretaña.

Los intrigantes i los fatuos de Versalles fueren espantados por el vigor de Pitt. Nuestros enemigos tuvieron por cosa convenida que debian ser siempre batidos.

Tales fueron, en el interior i en el exterior, los resultados obtenidos para la gloria i la grandeza de Inglaterra por aquel ministerio Pitt-Newcastle, nacido de la coalicion de los diversos grupos liberales.

Contra él, iban a ensayar sus fuerzas, en favor del gobierno personal i en contra de la supremacía del parlamento, un nuevo rei, la reina-madre i su favorito, olvidados de la historia de los Estuardos i de sus ministros: de Strafford, de Laud i de Carlos I, cuyas cabezas habian rodado en el cadalso; de Jacobo II, espulsado ignominiosamente del trono i del país; i de sus descendientes, que todavía vagaban

en el continente, desterrados i siempre rechazados de la nacion en que su raza pretendió, con instrumentos abyectos i por medios de corrupcion i de mentira, llegar al fin criminal de imponer, sobre la lejitima voluntad del parlamento, su voluntad personal.

II

Los conspiradores

A mediados de 1760, hallábase Pitt en la cumbre de la prosperidad i de la gloria. Era el ídolo de la Inglaterra, el terror de la Francia, la admiracion del mundo civilizado. De cualquier lado que soplara el viento, llevaba a Inglaterra noticias de batallas ganadas, de fortalezas tomadas, de provincias agregadas a su imperio.

En el interior, el ministerio de la coalicion Pitt-Newcastle no encontraba oposicion alguna, ni se divisaba de donde podria levantarse una oposicion. El parlamento parecia haber abdicado sus funciones: durante cuatro periodos de sesiones, sus actas no dan cuentan de un solo voto sobre cuestion de partidos; los subsidios, ¿unque mas cuantiosos que lo que jamás habian sido, se votaban sin discusion.

El viejo rei Jorje II estaba contento. Por lo demás, poco importaba que estutuviera contento o nó. Le habria sido imposible emanciparse de un ministerio tan poderoso como el que le habia impuesto la

voluntad del parlamento, aunque hubiera tenido el deseo de emanciparse; pero, ese deseo no lo tenia.

Cierto que anteriormente habia sentido fuertes prevenciones contra Pitt, i cierto que el duque de Newcastle se habia portado mal con él en mas de una ocasion; pero, la guerra habia sido dirigida con tanto vigor i con tan brillante resultado, los negocios marchaban con tanta facilidad, floreciendo el comercio i rebosando la nacion de riqueza i de prosperidad, que una modificacion favorable se habia operado en el real ánimo de S. M.

Tal era el estado de las cosas cuando, el 25 de octubre de 1760, Jorje II murió súbitamente, i su nieto Jorje III fué rei.

Tenia éste entonces 22 años de edad. Su situacion diferia inmensamente de la de su abuelo i de la de su bisabuelo. Era inglés de nacimiento. Todos sus gustos i todos sus hábitos, buenos o malos, eran ingleses. Ni aún aquellos que todavía permanecian adictos a la dinastía desterrada de los Estuardos, podian imputarle el crimen de usurpacion. Nacido 50 años despues de la espulsion de la antigua raza real, cuarto descendiente i tercer soberano de la actual dinastía hanoveriana, podia Jorje III pretender cierta apariencia de derechos hereditarios. Su edad, su porte todo lo que se sabia de él, le conciliaban el favor público. Estaba en la flor de la edad, i era agradable por su fisonomía i por sus modales.

No es, pues, extraño que, desde su advenimiento, el sentimiento de lealtad, sentimiento que antes parecía tan rancio como la creencia en brujos o la práctica de las peregrinaciones, comenzara a revivir. Los tories, particularmente, que siempre se inclinaron al culto de los reyes, i que con pena sentían la ausencia de un ídolo ante quien prosternarse, se alegraron como los sacerdotes del buei Apis cuando, tras un largo intervalo, habían encontrado otro becerro que adorar.

Vióse bien claro que una parte de la nación miraba a Jorje III con sentimientos bien diferentes de los que le habían inspirado sus dos predecesores: éstos habían sido, pura i simplemente, los primeros magistrados del país, estatuders; él era rei, en toda la estension de la palabra, el unjido del cielo, el sople de las narices de su pueblo. Los años de duelo i de viudedad habían concluido para los tories. La edad de oro iba a reaparecer para ellos.

El príncipe cuya exaltacion fué así saludada por un gran partido largo tiempo opuesto a su dinastía, había recibido de la naturaleza una intelijencia que, si no era penetrante i estensa, lo ponía en estado de conducir bien los negocios; pero, su carácter no se había todavía plenamente desenvuelto, como que había sido educado en estrecha reclusion.

Los detractores de su madre, la princesa viuda de Gales, aseguraban que había alejado a sus hijos

de todo trato social, a fin de conservar sobre ellos un imperio absoluto. La viuda esplicaba de otro modo su conducta: no podia, decia, soportar la idea de esponer a sus hijos mui amados, a las influencias corruptoras de una sociedad relajada.

Podrá tal vez ponerse en duda las ventajas morales del sistema de educacion que habia formado a otros de sus hijos. En cuanto a Jorje III, no era ciertamente un libertino; pero, al subir al trono, llevó a él un espíritu sofo a médias desarrollado. Se reconocian en el nuevo rei ciertas virtudes domésticas: pero, se pensaba jeneralmente que las cualidades que lo distinguian en la vida privada faltaban a su carácter político. El tiempo justificó estos temores.

Como soberano, Jorje III fué porfiado, desleal, pérfido. Bajo su gobierno, la nacion sufrió crueles desgracias i grandes desastres, i todas esas desgracias i todos esos desastres se atribuyeron a la violencia de sus antipatías i a su invencible obstinacion para persistir en sus errores i torpezas. Los hombres de Estado se quejaban todos, unos despues de otros, de haber sido halagados por las promesas i las caricias del rei para hacerse cargo de los negocios en toda coyuntura difícil; i en seguida, de haber visto al ingrato señor ocupado en urdir contra ellos tramas e intrigas, despues de prestarle, no sin grandes sacrificios, el servicio solicitado. Grenville, Rockingham, Chatham, hombres los tres de caractéres bien

diferentes, pero los tres honrados e independientes, estuvieron conformes en afirmar que el príncipe bajo el cual habian su cesivamente ocupado los primeros puestos del gobierno, era el menos sincero i el mas desleal de los hombres. Su confianza, segun ellos, era dispensada, nó a los consejeros oficiales, responsables i conocidos, a quienes habia entregado los sellos de la administracion, sino a dadores de avisos secretos que subian al gabinete real por escaleras escusadas. En el parlamento, mientras sus ministros se defendian de frente, en línea de batalla, contra los asaltos de la oposicion, se veían asaltados por los flancos i por la retaguardia, por una miserable banda de mercenarios que tomaban el nombre de *amigos del rei*. Estos hombres, que por lo jeneral ocupaban puestos lucrativos en nombre del rei, hablaban i votaban constantemente contra los proyectos que el primer lord de la tesorería o el secretario de Estado habian presentado con la propia autorizacion del monarca.

Porque tal era el rei Jorje III. Bajo su reinado, vino al mundo i a la luz cierta especie de reptiles políticos que la nacion jamás habia conocido antes ni ha vuelto a ver despues. Eran hombres que no reconocian ningun vínculo político, esceptuados aquellos que los ligaban al trono. No habia mas que designarles un partido, cualquiera que fuera: prontos estaban para coaligarse con él, prontos para abandonarlo, prontos para minarlo secretamente, prontos

para asaltarlo, todo a la vista i sin plazo. A sus ojos, todos los gobiernos i todas las oposiciones eran iguales. Veían pasar a los jefes de ministerios, a Bute, a Grenville, a Rockingham, a Pitt, sin el menor sentimiento de predileccion o de aversion. Eran *los amigos del rei*.

Preciso es hacer notar que esa amistad no implicaba ninguna intimidad personal. Jamás iban por las mañanas a cazar con su señor; jamás, por las noches, jugaban a las cartas con él; jamás comian su sopa o su carnero, ni se paseaban con él entre sus hortalizas. Solo uno que otro de ellos habia visto la real cara, fuera de las ceremonias públicas o actos oficiales. Toda la banda estaba, sin embargo, oportuna i exactamente informada de los deseos personales del rei.

Ninguno de esos hombres ocupaba un alto rango en la administracion. En jeneral, era menester buscarlos en puestos en que los sueldos eran mas o menos considerables, el trabajo escaso i la responsabilidad nula; i continuaban ellos ocupando esos puestos en toda seguridad, mientras el ministerio se reconstituia cinco o seis veces.

Su negocio consistia especialmente, no tanto en sostener al ministerio contra la oposicion, como en sostener al rei contra el ministerio. Cada vez que el rei se veía precisado a consentir en la presentacion de alguna lei que sus consejeros constitucionales

creían necesaria, pero que le repugnaba a él, podía estar cierto de que los amigos de Su Majestad en la cámara hablarían contra la lei, votarían contra la lei, arrojarían en el camino de la lei toda suerte de obstáculos. Si el rei se veía forzado a admitir en su gabinete a un secretario de Estado o a un primer lord de la tesorería que le desagradaban, podía estar cierto de que sus amigos no perderían una sola ocasión de contrariar i de molestar al importuno. Los ministros no tardaban en advertir que, mientras eran atacados de frente por todas las fuerzas de una oposicion temible, eran, por el lado o por detrás, picados por hombres a quienes habían justamente considerado como sus aliados naturales.

En cambio de esos servicios, el rei cubría a aquellos hombres con su proteccion. En vano sus servidores responsables se quejaban ante él de verse entabados i traicionados: a veces, justificaba a los culpables; a veces, los escusaba; a veces, confesaba que merecían reproche, pero decia que necesitaba tiempo para considerar si podría separarse de ellos.

De hecho, jamás el rei habría consentido en despedirlos, i mientras todo lo demás cambiaba constantemente en el Estado, aquellos sicofantes parecían ocupar sus puestos a título de propiedad vitalicia.

Las deficiencias de su educacion, que impidieron el desenvolvimiento de su carácter, hicieron que, al subir al trono, Jorje III llevara a él un espíritu

imperfectamente desarrollado; i así permaneció algun tiempo, sometido en absoluto a la influencia dominadora de su madre i de su jentilhombre de cámara, *groom of the stole*, Juan Stuart, conde de Bute.

El país que Bute iba a gobernar accidentalmente, a penas lo conocia, siquiera de nombre.

Es verdad que, poco despues c'e llegado a su mayor edad, habia sido elegido para llenar en el parlamento una vacante ocurrida, en la mitad de una legislatura, entre los pares representantes de Escocia; pero, habia muchas veces decepcionado a los ministros whigs, votando silenciosamente con los tories. A consecuencia de esto, habia perdido su asiento en la primera disolucion del parlamento, no siendo jamás reelegido.

Mas de veinte años se pasaron desde entonces sin que Bute tomara participacion en política. Parte de ese tiempo, habitó en su castillo de las islas Hébrides, i de este retiro salió para ocupar un puesto de servicio en la casa del príncipe Federico de Gales.

Lord Bute, excluido de la vida pública, habia encontrado diversos medios de entretener sus ocios. Representaba bastante bien comedias de aficionados, obteniendo éxito particularmente en el papel de Lothario. Una pierna bien torneada, que los pintores i los satíricos tuvieron cuidado de hacer notar, era

uno de sus principales títulos de actor cómico. Inventaba trajes bizarros para las mascaradas. Hablaba de mecánica, de jeometría i de botánica. Se ocupaba un poco de antigüedades i objetos de arte, i entre los suyos, pasaba por entendido en puntos de arquitectura, de poesía i de pintura.

Su ortografía, se dice, era incorrecta; pero, bien que hoi en dia las faltas de ortografía son justamente tenidas como prueba de crasa ignorancia, no sería equitativo aplicar la misma regla a los personajes que vivian hace mas de cien años.

A todo riesgo, puede decirse que el conde de Bute era un hombre de espíritu medianamente cultivado; pero, su inteligencia era estrecha i sus maneras frias i altaneras.

El príncipe Federico, que a menudo se daba el placer de burlarse de sus servidores, resumia bien los títulos que lord Bute tenia para representar el papel de hombre de Estado: «Bute, le decia, estás hecho precisamente para ser enviado a alguna pequeña corte alemana, bien arrogante, donde no haya nada que hacer».

De la reina madre, el jentilhombre, era sin duda alguna, su amigo i su confidente. La influencia que ambos de concierto ejercian sobre el espíritu del rei fué durante algun tiempo ilimitada.

La princesa no tenia probabilidades de manifes-

tarse como una consejera bien juiciosa en materia de asuntos de Estado.

Del favorito, no podia decirse que en la vida pública hubiera hecho siquiera su noviciado. Habia adquirido todas sus nociones de gobierno en medio de la sociedad que frecuentaba la morada del príncipe Federico, sociedad compuesta de tories o conservadores, reconciliados con la casa real por las consideraciones que aquel príncipe les habia dispensado, i por la esperanza que tenian de llegar a las grandes situaciones cuando él subiera al trono.

Princesa i favorito creyeron oportuno operar un cambio de gobierno, para lo cual se consideraban capaces, en favor de la disciplina i en contra de la corrupcion parlamentaria, segun decian.

III

Una nueva teoría de gobierno

No puede negarse que, bajo el sistema nacido de la gloriosa revolucion de 1688, la omnipotencia irresponsable del parlamento habia hecho surjir en él la indisciplina i la inmoralidad, llegando la corrupcion a erijirse en sistema i a practicarse en grande escala por los ministros whigs de los dos primeros Jorjes.

Muchos colegios electorales pertenecian completamente a tal o cual persona; otros estaban notoria-

mente a merced del mas pujante en la subasta. Por otra parte, los debates no se publicaban, de suerte que rara vez sabia el público cómo habia votado tal o cual miembro del parlamento, lo que fomentaba la venalidad mas escandalosa.

Desde luego, aparecia que el remedio no podia consistir en privar a la cámara de los comunes del peso con que pesaba en el Estado. Ese procedimiento habria ciertamente puesto un término a toda corrupcion parlamentaria: cuando los votos pierden su importancia, se pierde la costumbre de comprarlos i se acaban las facciones; pero, con aquel procedimiento contra la cámara, no se habria hecho otra cosa que curar un mal con otro mal mayor: se habria destruido la corrupcion, entronizando el despotismo.

El verdadero i benéfico remedio podia obtenerse por dos vias: primeramente, dando publicidad a todas las discusiones del parlamento, para someter así a sus miembros al tribunal de la opinion pública; i en seguida, estableciendo la libertad electoral, mediante la reforma de la lejislacion en el sentido de impedir que alguien pudiera ocupar un asiento en el parlamento sin haber sido enviado a él por un cuerpo de electores respetables e independientes.

Otros aconsejaron a Jorje III un tratamiento diverso para curar las dolencias del Estado. Creían que un rei patriota, usando vigorosamente de su prero-

gativa, conseguiria, una vez por todas, destruir las facciones i prescindir de la pretendida necesidad de comprar a los miembros del parlamento. Segun ellos, el rei no tenia mas que tomar la resolucion de ser el señor, de no dejarse reducir a servidumbre por ningun círculo ni coalicion de círculos, de llamar para ministros a hombres de su confianza, sin distincion de partidos, i de poner con ellos pecho firme a toda coalicion opositora.

Este sistema pueril probaba que los que lo habian concebido ignoraban en absoluto la naturaleza del mal que pretendian curar.

Aquel remedio no podia ser aplicado sino por un rei mas poderoso que la cámara de los comunes. ¿Cómo habria podido gobernar su rei patriota, a despecho de una asamblea sin cuyo consentimiento no podia ni equipar un bote, ni tener un batallon sobre las armas, ni enviar una embajada, ni atender siquiera a los gastos de su propia casa?

¿Publicaria ordenanzas bajo su sello privado, o elevaria el impuesto sobre los buques? Pero, en ese caso, tal ponderada reforma habria comenzado, segun toda probabilidad, con la repeticion de la guerra civil, i si por acaso hubiera podido aquella reforma consumarse, se habria consumado con el establecimiento de una monarquía absoluta.

Por absurda i pueril que pareciera aquella teoría del rei patriota, señor del parlamento, ello fué que

los consejeros de Jorje III, la princesa su madre i el favorito Bute, creyeron llegado el momento de ponerla en práctica, ensayándola contra el ministerio Pitt-Newcastle, que gobernaba en representacion de la gran coalicion parlamentaria compuesta de las diversas fracciones liberales en mayoría.

IV

Descompajinacion del ministerio

La noche misma del advenimiento del jóven rei Jorje III, viéronse aparecer signos precursores de la gran mudanza proyectada por la corte.

El discurso que dirijió a su consejo privado no fué comunicado al ministerio. Habia sido redactado por Bute i contenia ciertas espresiones que bien podian interpretarse como una censura de la direccion impresa a los negocios públicos bajo el reinado precedente.

M. Pitt hizo observaciones i pidió que aquellas espresiones fueran modificadas en el texto del discurso que debia entregarse a la imprenta. Solo despues de algunas horas de altercado, concluyó Bute por ceder, i cuando Bute hubo cedido, el rei afectó resistir todavía hasta la tarde siguiente.

El mismo dia en que tuvo lugar tan estraña discusion, no solamente prestó el favorito su juramento

como miembro del consejo privado, sino que además entró a formar parte del gabinete.

Uno de los secretarios de Estado, lord Holder- nesse, renunció, dimitiendo el puesto de guarda- sellos, conforme a un arreglo concertado secretamente con la corte misma. Bute fué al punto nombrado para el puesto dejado vacante de tan estraño modo. Las elecciones jenerales se siguieron bien pronto, i el nuevo ministro entró al parlamento como uno de los 16 pares representantes de Escocia.

Si los ministros se hubieran mantenido firmemente unidos, era indudable que habrian podido hacer frente a la corte, pues la influencia parlamentaria de la aristocracia whig, combinada con el jenio, la virtud i el renombre de Pitt, habrian sido irresistibles; pero, los recelos i las secretas enemistades que trabajaban al último gabinete de Jorje II comenzaron a manifestarse por entonces.

Pitt habia reñido con su antiguo aliado, M. Legge, canciller del Echiquier. Algunos de los ministros estaban celosos de la popularidad de Pitt. A otros chocaban, no sin algun fundamento, los modos imperiosos i altaneros de aquél, i otros mas, rechazaban en conciencia ciertos lados de su política.

Admitian que Pitt habia encontrado el país sumerjido en las profundidades de la humillacion, i que él lo habia levantado a la cumbre de la gloria; admitian que aquel lejista paisano habia dirigido la

guerra con energía, con habilidad, con un éxito espléndido; pero, comenzaban a observar que los recursos del erario jamás se habían desangrado tanto, i que la deuda pública crecía con una rapidez capaz de hacer recular de espanto a los mas audaces.

Reconocían que, entre las conquistas debidas a los ejércitos i a las escuadras de la nación, algunas eran tan convenientes como honrosas; pero, una vez muerto el alemán Jorje II, cualquier cortesano podía aventurarse a preguntar qué razones tenía la Inglaterra para terciar en la disputa de dos potencias alemanas, como la Prusia i el Austria. ¿Qué le importaba que fuera la casa de Hapsburgo o la casa de Brandeburgo la que gobernaba en Silesia? ¿Por qué los mejores rejimientos ingleses se batían sobre el Mein? ¿Por qué los batallones prusianos de Federico el Grande eran pagados con el oro inglés?

El gran ministro parecía creer que era indigno de su grandeza, calcular el precio de las victorias. Mientras los cañones de la torre de Londres tuvieran que hacer salvas, mientras hubiera iluminaciones en las calles i banderas francesas que llevar en triunfo al través de la capital, era para Pitt cuestión sin interés la de saber hasta qué punto crecerían las cargas públicas. Parecía hasta enorgullecerse de la inmensidad misma de los sacrificios que la nación, fascinada por su elocuencia i por sus triunfos, había hecho con gusto i debía lamentar largo tiempo con

amargura. Ningun atajo a las dilapidaciones ni a las rapiñas. Los comisarios regresaban del campamento para comprar barrios enteros, para levantar palacios, para rivalizar en magnificencia i esplendor con la antigua aristocracia del reino. En cuatro años de guerra, se habia tomado en préstamo mas de lo que en cuarenta años de paz, podria pagar el gobierno mas entendido i mas económico.

I la perspectiva de la paz estaba mas lejos que nunca. Sin duda la Francia, abatida i debilitada, consentiria en arreglos ventajosos para la Inglaterra; pero, no era eso lo que necesitaba M. Pitt. La guerra lo habia hecho poderoso i popular, todo lo que habia de mas brillante en su vida se relacionaba con la guerra, era para la guerra para lo que sus talentos estaban especialmente formados. Habia concluido por amar la guerra en sí misma, i parecia mas dispuesto a entrar en querella con los neutrales que a hacer la paz con los enemigos.

Tales eran las ideas del duque de Bedford i del conde de Hardwicke; mas, ningun miembro del gobierno estaba tan penetrado de ellas como Jorje Grenville, el tesorero de la marina. Jorje Grenville era, como su hermano lord Temple, cuñado de Pitt i habia sido siempre contado entre los amigos personales i políticos de éste; pero, es difícil imaginar dos hombres de talento i dos hombres de bien, menos parecidos.

Grenville, al revés de Pitt, era, por naturaleza i por hábitos, hombre de detalles. Su educacion habia sido la de un abogado i llevó a la vida oficial i parlamentaria la minuciosa penetracion de un abogado. Pasaba por hombre particularmente versado en el sistema fiscal de la nacion i en el derecho parlamentario, estando, como ningun otro, al corriente de cuanto se referia a los privilejios, prácticas i reglamentos de la cámara. Sus discursos eran casi siempre instructivos; pero, jamás era brillante, i habitualmente, era fastidioso i aburridor. En materia de dinero, al paso que Pitt gastaba con la prodigalidad de un niño cuanto le caía a la mano, Grenville, aunque escrupulosamente íntegro, era ávido i parcimonioso. El rasgo dominante de su carácter obstinado i melancólico consistia en una tendencia siempre dispuesta a mirar el lado sombrío de las cosas. Era el cuervo de la cámara de los comunes: graznaba constantemente para anunciar la derrota en medio de los triunfos, i la bancarrota, cuando el tesoro desbordaba.

Era así natural que los dos cuñados, siendo lo que eran, consideraran de diversa manera la situacion de los negocios en los momentos en que la corte iba a emprenderla contra el parlamento, representado por el ministerio de la coalicion: Pitt no veía mas que los trofeos; Grenville no veía mas que la cuenta que pagar; Pitt miraba con orgullo a la In-

glaterra victoriosa en América, en la India, en Alemania, árbitro del continente i soberano de los mares; Grenville sumaba prolijamente los subsidios, uspiraba a cada nuevo reclutamiento de tropas, i se la mentaba en el fondo de su corazon, pensando que la nacion habia en solo dos años contraído deudas por 40 millones de libras esterlinas.

Con un ministerio así dividido, el juego del favorito Bute no era un juego difícil de jugar. Legge, canciller del Echiquier, fué el primero que cayó, despues de que la renuncia, concertada con la corte, de uno de los secretarios de Estado, habia proporcionado a Bute su entrada al gabinete.

Legge habia, en el anterior reinado, negádose a sostener la candidatura electoral de una de las creaturas del favorito: no solamente fué destituido, sino que, además, en el gabinete real, fué tratado con grosería.

Pitt, que no queria a Legge, miró este suceso con indiferencia. Sin embargo, el peligro que lo amenazaba a él mismo avanzaba rápidamente.

El rei de España, Carlos III, habia concebido, hacia tiempo, un odio mortal a la Inglaterra, cuya escuadra habia amenazado a Nápoles, siendo él rei de las Dos Sicilias. Acababa ahora de ser coronado rei de España i de las Indias. Vea con inquietud i con envidia nuestros triunfos i la rápida estension de nuestro imperio colouial. Era Borbon i simpati-

zaba con las desgracias de su familia. Era español, i ningun español podia resignarse a ver a Gibraltar i a Menorca en manos de una potencia extranjera. Movidó por estos sentimientos, concluyó con la Francia el tratado secreto conocido con el nombre de Pacto de Familia. La España, para comenzar las hostilidades, solo esperaba la llegada de su flota, cargada con los tesoros de América.

La existencia del tratado no podia permanecer secreta para Pitt, i conociéndola, procedió como debia esperarse de su capacidad i de su enerjía. Propuso a un tiempo declarar la guerra e interceptar la flota. Pensó tambien atacar a la vez i sin demora a la Habana i a las Filipinas.

Este prudente i valeroso consejo fué rechazado. Bute fué el primero en oponerse, i se vió sostenido por casi todo el gabinete. Entre los colegas de Pitt, solo su cuñado, el conde de Temple, fué de la opinion de aquél. Ambos presentaron su dimision.

La opinion pública mantuvo su juicio acerca de los talentos, las virtudes i los servicios de Pitt. Los condes i las grandes ciudades del reino le enviaron mensajes de adhesion. Londres le manifestó sus simpatias i su admiracion con pruebas bien significativas. Pocos dias despues de la dimision, llegó la fiesta del lord corregidor. El rei i la familia real comieron en Guildhall. Pitt era de los invitados al palacio de la cité. El joven rei, sentado al lado de

su esposa, en su carroza de gala, recibió una lección memorable: a penas le prestaron atención. Todos los ojos estaban fijos en el ministro caído, todas las aclamaciones se dirigían a éste. Las calles, los balcones, los techos resonaban con las manifestaciones de alegría al pasar el carruaje de Pitt. Los hombres del pueblo se estrechaban contra las ruedas, daban apretones de mano a los lacayos, abrazaban a los caballos, tiraban al viento sus sombreros. Los gritos de: ¡Abajo Bute! ¡Abajo el salmon de Newcastle! se mezclaban a los gritos de: ¡Viva Pitt! Cuando Pitt entró en Guildhall, fué saludado con hurras i aplausos estrepitosos, en los cuales tomaron parte los magistrados mismos de la cité.

Entre tanto, lord Bute, a lo largo de las calles, era acogido con rechiflas i pedradas. Hasta habria corrido algun peligro sin la precaucion de hacer rodear su carruaje con una fuerte guardia.

Los acontecimientos internacionales dieron luego la razon a Pitt i aumentaron mas que nunca su prestigio. Se demostró que la guerra con España era inevitable, como él lo habia previsto. La flota española de América, que Pitt se habia propuesto interceptar, desembarcó en Cádiz un fabuloso cargamento de metales, antes que Bute se hubiera convencido de que la corte de Madrid alimentaba realmente intenciones hostiles.

La sesion del parlamento siguiente al retiro de

Pitt, se pasó sin violentas tempestades. Lord Bute se encargó del rol principal en la cámara de los lores. Había llegado a ser secretario de Estado i, a decir verdad, primer ministro, sin haber jamás abierto la boca en público, fuera de las representaciones dramáticas. Así que no era poca la curiosidad de saber cómo se desempeñaría en sus nuevos deberes.

Los miembros de la cámara de los comunes se estrecharon en la barra de la cámara de los lores i llenaron hasta las gradas del trono. Se esperaba jeneralmente que el flamante orador se quedaria corto; sin embargo, los asistentes, aún los peor dispuestos, tuvieron que confesar que el favorito mostraba mejor continente que el que le habian supuesto. Se burlaban bien de su jesto teatral i de su estilo inflado, i se divertian, sobre todo, de las prolongadas pausas que hacia, mas por afectacion que por vacilacion, despues de todas las palabras que, de tiempo en tiempo, acentuaba con fuerza para hacerse aplaudir de los suyos. «¡A las piezas, artilleros! Una salva de minuto en minuto!» gritó Townshend.

Con todo, la opinion jeneral fué que, si lord Bute se hubiera desde temprano ejercitado en la discusion, habria llegado a ser un pasable orador.

Jorje Grenville habia sido designado *leader* del gobierno en la cámara de los comunes. La tarea no era bien difícil por el momento, porque Pitt no juz-

gó oportuno levantar desde el primer instante el estandarte de la oposicion.

El período de sesiones tocaba a su término, i el favorito, alentado por la tolerancia momentánea de las cámaras, resolvió dar un gran golpe mas. Quería ser primer ministro de nombre, como ya lo era de hecho.

La coalicion parecia disuelta. El duque de Newcastle, que conservaba el primer puesto en el gabinete, aunque nominal, en verdad, habia celebrado la caída de su ilustre colega Pitt, a quien envidiaba i temia, no calculando que su propia pérdida estaba próxima. Procuraba todavía adormecerse en la convicción halagadora de ser siempre la cabeza del gobierno; pero, a fuerza de amontonarse sobre él, agravios e insultos concluyeron por convencerlo de la realidad. Empleos que siempre se habian considerado dependientes de su cargo fueron acordados sin su conocimiento. Sus reclamaciones le valieron solo respuestas significativas, que a las claras le daban a entender que habia llegado para él la hora de retirarse. Insistia un dia, en conferencia con Bute, a favor de los títulos que un prelado whig tenia, segun él, para ocupar el arzobispado de York.

«Si Vuestra Gracia tiene tan alta idea de ese prelado», respondió el favorito, estraño que no lo hubie-ra elevado a aquel puesto cuando podia hacerlo.»

El viejo se aferraba, sin embargo, desesperada-

mente a los restos del naufragio. Seguramente, la dulzura i la humildad cristianas rara vez han igualado a la dulzura i a la humildad de aquella ambicion abyecta. Por fin, fué obligado a comprender que todo habia concluido. Newcastle abandonó entonces la corte en que, durante cuarenta i cinco años, habia ocupado tan altos empleos i fué a ocultar, entre los cedros de Claremont, su vergüenza i sus pesares.

El favorito cometió un grave error al despedir a Newcastle. Es imposible imaginar un instrumento mas apropiado a los torcidos propósitos de Bute que el que arrojaba de sí, o mas bien, que el que entregaba a las manos de sus enemigos.

Si hubiera sido permitido al duque de Newcastle continuar representando el papel de primer ministro, lord Bute habria podido gozar quieta i seguramente de la realidad del poder. Habria logrado introducir a los tories o conservadores en todos los ramos de la administracion, poco a poco, sin excitar reclamaciones, si aquel jefe del gran grupo whig o liberal hubiera quedado, para la sola representacion, a la cabeza de los negocios.

Estas observaciones fueron reiteradas a Bute por lord Mansfield, quien puede, a justo título, ser considerado padre del torismo actual, del torismo modificado para acomodarse a un orden de cosas que hace felizmente de la cámara de los comunes el cuerpo mas poderoso del Estado.

La temeridad con que Bute provocaba a los intereses mas potentes i mas arraigados repugnaba a Mansfield; pero, todas las observaciones fueron perdidas. Bute no soportaba consejos i estaba impaciente por ser, en las apariencias como en la realidad, jefe del gobierno. Se habia comprometido en una empresa aventurada i audaz, en la cual un biombo le era absolutamente necesario para el éxito i hasta para su seguridad personal: habia al efecto encontrado un excelente biombo preparado para todo i colocado precisamente donde mas le convenia, i lo arrojó brutalmente arrojando al duque de Newcastle, primer lord de la tesorería, jefe nominal del gabinete, cuyo puesto entró a ocupar el favorito en persona.

V

Dificultades de la empresa

El nuevo plan de gobierno maquinado por los conspiradores de la corte habia entrado i siguió en via de plena ejecucion. Las palabras de orden eran: prerrogativa real e integridad parlamentaria.

El rei no debia ser un maniquí o un fanteche en manos de un súbdito o de una coaliccion de súbditos. Jorje III no queria verse reducido a aceptar ministros que le desagradaban, como su abuelo Jorje II habia tenido que aceptar a Pitt. Jorje III no queria verse obligado a separarse de aquellos que le agra-

daban, como su abuelo habia tenido que separarse de Carteret.

Al propio tiempo, el sistema de corrupcion que habia nacido i crecido durante los dos últimos reinados iba a cesar: se anunciaba con ostentacion que, desde el advenimiento del jóven rei, ni electores ni diputados habian sido comprados con los fondos secretos del presupuesto. Libertar a la Inglaterra de la corrupcion i de las cábalas i facciones políticas era, en el interior, lo primero que lord Bute prometia realizar. Pronto se verá cómo lo realizó.

Por primera vez, en mas de medio siglo, desde el advenimiento de la dinastía de Hanover, el partido conservador, tory, entró a preponderar. En el fondo, el primer ministro, Bute, era tory. Lord Egremont, que habia sucedido a Pitt en la secretaría de Estado, era tory e hijo de tory. Sir Francisco Dashwood, hombre de escaso talento, de poca esperiencia i de inmoralidad notoria, fué nombrado canciller del Echiquier, sin otra razon que ésta: era tory i habia sido Jacobita. La casa real se llenó de individuos que, pocos años antes, tenian la costumbre de beber por el rei del otro lado del mar (el Pretendiente Estuardo).

La posicion respectiva de los dos grandes centros de la enseñanza oficial, cambió de un golpe.

La universidad de Cambridge habia sido especialmente favorecida por la dinastía de Hanover: los

obispados i decanatos llovian sobre sus hijos; tenia por canciller al duque de Newcastle, jefe de la aristocracia whig, i por gran chambelan, a lord Harwicke, maestro de los jurisconsultos del partido; los dos habian estado en los negocios bajo el ministerio de la coalicion whig.

Por el contrario, la universidad de Oxford habia sido el principal foco de desafeccion a los Jorjes: en tiempos de agitacion, filas de bayonetas habian tenido que ocupar sus avenidas; los mas graves doctores hacian discursos sediciosos en lenguaje ciceroniano, i los estudiantes hacian brindis jacobitas i cantaban canciones jacobitas; uno de los cuatro cancilleres que se habian sucedido en la direccion de la universidad estaba notoriamente al servicio del Pretendiente, i los otros tres pasaban por estar en correspondencia secreta con la familia desterrada.

Ahora, con lord Bute, los tiempos habian cambiado; la universidad de Cambridge fué recibida con frialdad en palacio, al paso que la de Oxford, fué acogida con la mas simpática i mas espresiva benevolencia.

Por otro lado, el espíritu de partido, despertado de su prolongado adormecimiento por las mas torpes provocaciones, excitó, a su vez, una furia mayor: el espíritu de animosidad nacional.

Al rencor de los whigs contra los tories, se agregó el rencor de los ingleses contra los escoceses. Estas

dos porciones de la Gran Bretaña no se habian fundido todavía en indisoluble union. Las rebeliones de 1715 i de 1745 a favor de los Estuardos, venidos de Escocia, habian dejado crueles i durables huellas. Los negociantes de la cité temian ver sus cajas i sus almacenes saqueados por montañeses de piernas desnudas, bajados de los montes Grampianos; recordaban todavía aquel *viernes negro* en que los rebeldes habian llegado a pocas millas de Londres, en que todas las tiendas se habian cerrado, en que el banco de Inglaterra comenzó a hacer sus pagos en piezas de a doce centavos.

Los escoceses, por su parte, recordaban con natural resentimiento la severidad del castigo aplicado a los insurjentes, las humillaciones militares, las leyes ultrajantes, las hogueras, las cabezas expuestas en Temple Bar.

El favorito no dejaba a los ingleses olvidar de qué parte de la isla habia salido. El clamor de todo el mediodía se levantaba contra el escándalo de ver los empleos públicos, el ejército, la marina, llenarse con hombres de cachetes colorados, que no hablaban lengua cristiana, algunos de los cuales a penas comenzaban a llevar pantalones de cristianos.

Aquellos felices aventureros fueron nuevamente objeto de todas las antiguas burias sobre las montañas sin árboles, sobre las muchachas sin medias, sobre los hombres alimentados del mismo grano que

los caballos, sobre los valdes vaciados en la calle desde un décimo cuarto piso.

Preciso es decir, en honor de los escoceses, que su prudencia i su orgullo les impidieron contestar. Como la princesa de *Las mil i una noches*, se taparon herméticamente las orejas, i sin dejarse turbar por epigramas o injurias, marchaban derecho, como los conservadores, hácia la fontana de oro.

La vieja animosidad de los partidos whig i tory, casi estinguida a fines del reinado de Jorje II, reapareció en toda su antigua fuerza.

Muchos whigs, es cierto, quedaban todavía en el poder: el duque de Bedford, que firmó con la Francia el tratado de paz; el duque de Devonshire, que, aunque de mui mal humor, permanecia en el puesto de lord chambelan; Jorje Grenville, que dirijia la cámara de los comunes, i Enrique Fox, que continuaba gozando en silencio los cuantiosos beneficios del puesto de pagador jeneral, habian sido siempre considerados whigs inquebrantables; pero, la masa del partido, de un extremo a otro del país, miraba al nuevo primer ministro con horror.

A decir verdad, los temas populares no escaseaban a quienes querian dirijirle inyectivas: era un favorito, i los favoritos han sido siempre odiosos en este país. Jamás un favorito habia estado a la cabeza del gobierno despues de que el puñal de Felton habia atravesado el corazon del duque de Buckingham.

Después de ese suceso, ni el más arbitrario ni el más frívolo de los Estuardos había desconocido la necesidad de confiar la dirección suprema a hombres que hubieran dado pruebas de talento en la discusión o en la administración, a hombres de aptitudes reconocidas, que no debieran su distinción únicamente al favor del rey, sino que, al contrario, debieran el favor del rey a su propia distinción.

La revolución inglesa parecía haber puesto para siempre al Estado al abrigo de nombramientos de favoritos como un Carr o como un Villiers; pero, gracias a la estimación personal de la reina-madre i del rey Jorge III, un hombre que nada sabía de negocios públicos, que jamás había abierto la boca en un parlamento, acababa de pasar por sobre las cabezas de una multitud de oradores, de financistas, de diplomáticos eminentes. De simple jentilhombre, ese afortunado dijo, ese *mignon*, como dirían los franceses, había sido de un golpe metamorfoseado en secretario de Estado, i había hecho su estreno de orador cuando estaba ya a la cabeza del gobierno. Nadie acertaba a dar una explicación razonable de tan extraño fenómeno.

De esta suerte, el primer lord de la tesorería era detestado por muchas jentes en su calidad de tory, por muchas otras en su calidad de escocés, por muchas otras en su calidad de favorito.

Todo el odio que manaba de estas diversas fuen-

tes se mezcló bien pronto i se dirigió, en un solo torrente de indignacion, contra el tratado de paz celebrado por el nuevo gobierno con la Francia i con la España, rompiendo para ello la Inglaterra con sus aliados alemanes, al precio de una mancha profundamente impresa sobre su reputacion de fidelidad. Federico II de Prusia no lo olvidó en todos los dias de su vida. Aquella paz fué sin duda provechosa para nuestro país, pero menos provechosa que lo que era permitido esperar despues de una larga serie de victorias en tierra i en mar, ganadas casi sin interrupcion en todas las cinco partes del mundo.

El duque de Bedford, que había negociado el tratado, fué silbado en las calles de Londres. El conde de Bute fué asaltado por la multitud i difícilmente salvado por una partida de guardias; a penas podia, sin disfraz, pasearse por las calles de la capital.

Entre el bajo pueblo, el emblema corriente de Su Señoría era una bota, a *Jack Boot*, miserable retruécano sobre su nombre de bautismo i su titulo de conde. Una bota, acompañada jeneralmente de una pollera, era de tiempo en tiempo colgada de una horca o arrojada a una hoguera.

Los libelos contra la corte sobrepasaban en audacia i en violencia todo cuanto se había publicado desde hacia muchos años, i se multiplicaban diariamente en prosa i en verso.

Bute sintió que el corazon comenzaba a faltarle.

Las cámaras iban a abrirse, la discusión iba inmediatamente a trabarse sobre el tratado de paz, i era probable que Pitt, el gran círculo whig i la multitud entera se pondrían de un mismo lado, en contra.

El favorito había hecho profesión de manifestar horror a los medios de corrupción que los ministros sus predecesores habían empleado para mantener de buen humor a la cámara de los comunes; pero, comenzaba a creer que había sido demasiado escrupuloso. Sus visiones de un gobierno utópico comenzaron a desvanecerse; le era necesario no solamente corromper, sino corromper con mayor impudencia i con mayor desvergüenza que sus predecesores, a fin de recuperar el tiempo perdido; le era absolutamente necesario asegurarse, durante el receso de las cámaras, una mayoría parlamentaria, no importaba por qué medios.

VI

La campaña contra la mayoría

Para descompajinar i ganarse la mayoría parlamentaria, necesitaba el favorito conde de Bute otro instrumento apropiado, ya que había arrojado tontamente a Newcastle, tan difícil de reemplazar en circunstancias como aquella.

Para el caso ¿serviría de algo el *leader* Grenville. ¿Sabría? Sabiendo, ¿querría?

Ni su firmeza ni su habilidad habian sido puestas a prueba en una crisis peligrosa. Habia ordinariamente pasado por humilde acólito de su hermano, lord Temple, i de su cuñado, M. Pitt; se suponía, aunque con poca razon, que todavía estaba bien dispuesto para con ellos, i ellos habian pasado del ministerio a la oposicion.

Grenville no servia, pues. Era preciso buscar otro auxiliar en aquella empresa de corrupcion; pero ¿dónde encontrarlo?

Un hombre habia cuya lójica, fuerte i cortante en las discusiones, habia a veces hecho frente a la oratoria majestuosa i apasionada de Pitt; un hombre que no valia menos por sus talentos para la intriga que por sus talentos para la discusion; un hombre cuya intrepidez no retrocedia ni ante las dificultades ni ante el peligro, a quien turbaban tan poco los escrúpulos como los temores: Enrique Fox (¿i cuál otro que él?) era hombre de afrontar como piloto la tempestad que iba a estallar.

Con todo, la corte, aún en aquella estremidad, se resistia a recurrir a Fox. Se le habia mirado siempre como el mas whig de los whigs. Habia sido el amigo i el discípulo de Walpole. Se habia mantenido largo tiempo unido por estrechos vínculos con Guillermo, duque de Cumberland, tio del rei, vencedor del Pretendiente en Culloden. Era détestado por los tories mas que ningun otro hombre en el mundo; tan fuerte

era su aversion por él que, cuando, bajo el reinado precedente, habia él intentado formar un partido contra el duque de Newcastle, ellos habian arrojado todo su peso en la balanza del lado de Newcastle. Los escoceses detestaban a Fox como al amigo i confidente del vencedor de Culloden. Era odioso a la reina madre por razones personales: cuando acababa ella de perder a su marido, habia él aconsejado a Jorge II quitarle la educacion de su hijo, el heredero presuntivo.

Recientemente habia ofendido a la corte con mayor gravedad, si era posible, dejándose llevar a una intriga amorosa por la ambiciosa esperanza de ver a su cuñada, la bella Sara Leunox, de reina de Inglaterra.

Fox fué el único miembro del consejo privado que no se vió convocado a la reunion en que Su Majestad anunció su proyecto de matrimonio con la princesa de Mecklembourg.

Parecia, pues, natural que, entre todos los hombres políticos de aquel tiempo, Fox fuese el último a quien Bute, el tory, el escocés, el favorito de la reina madre, podia llamar para proceder de concierto. I sin embargo, lord Bute se vió entonces obligado a recurrir a Fox.

La teoría del nuevo gobierno, de no consentir, ante ningun súbdito ni coalicion de súbditos, el menor desmedro de la libertad, de la independenciam i del

poder del trono, comenzaba a ser olvidada en su aplicacion misma.

Enrique Fox no carecia de cualidades apreciables en la vida privada, las cuales lo hacian querido de sus hijos, de sus amigos i de sus dependientes; pero, como hombre público, no tenia ningun derecho a la estimacion. Los vicios comunes a toda la escuela de Walpole aparecian en él bajo una forma que no era la mas odiosa, pero que seguramente era la mas resaltante, pues sus talentos en la discusion o en la accion ponian de relieve sus defectos. Su intrepidez, su naturaleza inquieta, su desprecio de las formas i de las apariencias lo empujaban a esponer a la vista de todos muchas cosas que otros cubrian con un velo de decencia, sin ser en realidad mas escrupulosos que él. Era el mas impopular de los hombres de Estado de su época, no porque fuese el mas gran pecador, sino porque era mas desvergonzado que la mayor parte de ellos.

Fox conocia su impopularidad; pero, en vez de prestarle atencion, llegó a hacerse indiferente a ella, i afrontó el furor de la nacion con aires de insolente desafio. No habia nacido malo; pero estaba despechado: habia sido desatendido, alejado, denigrado hasta ponerlo de un humor irritable que no le era natural.

Tal era el hombre a quien Bute, apremiado hasta el estremo por la necesidad, fué a buscar en demanda de socorro.

El solicitado estaba bien dispuesto para acojer a aquellas solicitaciones. Habia contemplado con amargura la fortuna i la popularidad de Pitt, al cual se consideraba igual en la discusion i superior en el manejo de los negocios. Habian partido juntos en la carrera de la ambicion, i durante largo tiempo, habian corrido el uno al costado del otro. A la larga, Fox habia tomado la delantera i Pitt se habia quedado atrás; despues, habia ocurrido un repentino cambio, como en la carrera de a pié que cuenta Virjilio: Fox se habia resbalado en el barro, i no solamente habia salido vencido, sino tambien embarrado.

Los cuantiosos emolumentos del puesto de pagador jeneral podian decidir al hombre de Estado vencido a soportar en silencio la supremacia de su rival; pero, no podian satisfacer a un espíritu que se creia poderoso i que sufría profundas heridas. Así, desde que comenzó a levantarse un partido opuesto a la guerra i a la autoridad del gran ministro de la guerra, las esperanzas de M. Fox comenzaron tambien a revivir. Querellas con la reina-madre, querellas con los escoceses, querellas con los tories, estaba dispuesto a olvidarlo todo a trueque de poder, con la ayuda de sus antiguos enemigos, recobrar la importancia que habia perdido.

La alianza fué, pues, bien pronto sellada. Fox recibió la seguridad de que, si consentia en ser el piloto del gobierno i en sacar a éste de los escollos en



que se habia metido, recibiria en recompensa el puesto de par del reino, que ardientemente deseaba desde hacia largo tiempo. Por su parte, se comprometia a manejar las cosas de manera que, por buenos o por malos medios, tuviera la corte una mayoria parlamentaria que, en la próxima sesion, votara en favor del tratado de paz ajustado con la Francia i la España.

A consecuencia del convenio i conforme a éste, tomó Fox, como *leader* del gobierno, la direccion de la cámara de los comunes, que tenia Grenville.

Ahogando su mortificacion, Grenville consintió tristemente en aquel cambio, i guardó por entonces su resentimiento hasta el dia en que lo haria pesar cruelmente sobre Bute i la corte.

Se habia lisonjeado Fox con la idea de que sus antiguas relaciones de compañerismo con personajes importantes le permitirian ganar para la corte el apoyo de algunos whigs eminentes que eran sus amigos personales, i en particular, el apoyo del duque de Cumberland i del duque de Devonshire. La esperanza le resultó fallida, i bien pronto se convenció de que, como sobrecarga de las demás dificultades que tenia que vencer, debia tambien contar con la oposicion del primero, que era el mas capaz entre los príncipes de la sangre, i con la oposicion del segundo, que era el jefe autorizado de la gran casa de los Cavendish.

Pero, Fox se habia comprometido a ganar la batalla, i no era hombre de recular. La delicadeza no era fruto propio de la estacion. La ejecucion del nuevo plan de gobierno entró entonces en un período de actividad febril.

Se comenzó por la prensa. Los hombres de la corte habian adoptado desde el principio contra la oposicion un sistema de ataques que debia volverse contra ellos con un efecto tremendo. Soltaron una turba de plumarios de tres al cuarto. Lo único que se descubria en su incorrecta i fastidiosa fraseología, era que querian insultar a unos i glorificar a otros, con igual injusticia. Para eso les pagaban.

Entre los escritores que habitaban las bohordillas de cierto barrio, de Grub-Street, podian contarse cinco sobre diez, que pagaron su cuenta en la cocinera o retiraron sus camisas de la casa de prendas, gracias a las injurias que vertian contra Pitt i los opositores. Los crecidos gastos de la guerra, los frecuentes subsidios de soldados i de dinero, una pension no solicitada concedida para él i una paría para su mujer, hasta su pierna gotosa, fueron temas fecundos de invectivas contra Pitt i fuente de beneficios para los insultadores estipendiados; fueron como un inagotable almacen surtido de carne i de aguardiente, de cobijas i de carbon, para los escritorzuelos i poetastros famélicos de *la flota*.

Pero, no olvidó Fox lo que importaba mas que

las calumnias de periodistas i gacetilleros adocenados. Hizo comprender al favorito Bute que le era imposible salvar al ministerio, aún contando con el rei i con los *amigos del rei*, en la cámara, si no seguia la táctica de Walpole, i si no la llevaba hasta un punto en que habria retrocedido Walpole mismo.

Las oficinas del pagador jeneral se convirtieron en mercado de votos. Allí se encerraban, en el gabinete de Fox, centenares de miembros del parlamento, i sobran las razones para creer que no se retiraban sin llevar consigo el precio de su infamia.

Personas que tenian acceso a las mejores fuentes de informacion, han afirmado que mas de 125,000 pesos oro, corrieron de ese modo en una sola mañana. La cuota mas baja dícese que era un billete de banco de 1,000 pesos oro.

La intimidacion se agregó a la corrupcion. Los hombres de todas las posiciones, desde las mas elevadas, hasta las mas bajas, tuvieron que saber que el rei queria ser obedecido.

El duque de Devonshire fué especialmente elegido como víctima cuya suerte debia servir de advertencia a los magnates de Inglaterra. Su rango, su fortuna, su influencia, su carácter privado, que era sin tacha, la fidelidad constante de su ilustre familia a la dinastía de Hanover, no lo pusieron al amparo de los mas groseros insultos personales. Se sabia que desaprobaba la marcha del gobierno, i en consecuen-

cia, se resolvió immolar al príncipe de los whigs, como lo llamaba la reina-madre. El duque fué al palacio a desempeñar cerca del rei sus deberes de chambelan. «Hazle saber, dijo el rei a un paje, que no quiero verle.» El paje vacilaba. «Anda, dijo el rei, i repítele testualmente mis palabras.»

El duque se arrancó del cuello su llave de oro i se retiró hirviendo en cólera. De los suyos, los que ocupaban algun puesto presentaron al instante su dimision. Pocos dias despues, el rei pidió la lista de los consejeros privados, i con su propia mano, borró el nombre del duque de Devonshire.

Era aquel, cuando menos, un acto de valor, aunque por lo demás fuera prueba de poca prudencia i de poca bondad; pero, si nada escapaba por la grandeza, nada escapaba tampoco por la pequeñez a las venganzas de la corte.

Una persecucion, sin ejemplo hasta entonces, sin ejemplo desde entonces, se enziñó contra los empleados públicos en todos los departamentos de la administracion. En los condados fueron destituidos muchos comandantes i funcionarios de todas clases. Una multitud de empleados modestos i laboriosos fué privada de su pan, pura i simplemente, porque debian sus puestos a la recomendacion de algun gran señor o jentilhombre opuesto al tratado de paz. La proscripcion se estendió a los empleados de aduana, los fieles ejecutores, a los porteros, a hombres i mu-

jeros, sea porque tuvieran cierto vínculo con algun miembro de la oposicion, sea porque debieran su miserable sueldo o mezquina pensión a la intervencion de algun miembro de la oposicion.

El clamor público, como es fácil presumirlo, aumentaba de dia en dia; pero, mientras mas aumentaba, mayor resolucion ponia Fox en proseguir la obra que habia emprendido. Sus antiguos compañeros no podian comprender de qué demonio estaba poseído.

Por fin, el parlamento se reunió. Los ministros, mas detestados que nunca por la nacion, estaban seguros de tener mayoría, i hasta esperaban tener la ventaja en la discusion, como en el escrutinio, pues Pitt estaba retenido en su casa por un grave ataque de gota. Los amigos de éste propusieron postergar el exámen del tratado hasta que él pudiera estar presente: la mocion fué rechazada.

Llegó finalmente el gran dia. La discusion habia ya durado algun tiempo cuando se oyó en el patio rumor de aclamaciones; el ruido se acercó mas i mas, subió la escalera, penetró en la antecámara; por fin, la puerta se abrió, i de en medio de una multitud que daba grandes gritos de entusiasmo, apareció Pitt, llevado en brazos de sus domésticos.

Su rostro estaba demacrado i era de una palidez mortal: sus miembros estaban envueltos en franelas; tenia en la mano su muleta. Sus servidores lo deja-

ron mas allá de la barra. Sus amigos lo rodearon al instante, i con su asistencia, se arrastró él hasta su asiento, cerca de la mesa.

En este estado, habló Pitt en contra del tratado de paz tres horas i média, durante las cuales se vió varias veces obligado a sentarse i a recurrir a cordiales. Puede creerse que su voz estaba estinguida, que sus jestos eran lánguidos i que su discurso, aunque brillante e hiriente a trechos, era débil comparado con los grandes roles que habia representado en la escena oratoria; pero, aquellos que recordaban lo que habia hecho antes i que veían lo que ese dia sufría, lo escuchaban con una emccion mas intensa que la que podria producir la sola elocuencia. No pudo quedarse hasta la votacion: fué sacado de la sala en medio de aclamaciones tan ardorosas como las que habian anunciado su llegada.

El tratado de paz fué aprobado por una considerable mayoría. El favorito Bute, mediante el piloto Fox, habia escapado del naufragio.

La alegría de la corte no conoció límites. «Ahora sí que mi hijo es verdaderamente rei,» exclamó entusiasmada la reina madre. El jóven soberano mismo repetía que se habia libertado de la servidumbre en que habian tenido a su abuelo. Se declaraba que, sobre un punto, habia tomado una resolucion inflexible: jamás por jamás, cualesquiera que pudieran ser las circunstancias, subirian de nuevo al poder aquellos

grandes señores whigs que habian esclavizado a sus predecesores i procurado esclavizarlo a él mismo. ¡Jamás! Jamás!

Era una baladrona la prematura.

VII

La expiacion

Mediante el concurso de Enrique Fox i de los amigos del rei, la corte i su favorito ganaron la batalla del tratado de paz con la Francia, al abrirse las sesiones de la cámara de los comunes.

Por el momento, la campaña de difamacion, de corrupcion i de intimidacion, dirigida con furia i sostenida sin escrúpulos, por aquel *leader* del gobierno, produjo el efecto buscado. El rei, por fin, era rei, i no siervo ni fantoche. Lord Bute i la corte debieron creer implantada a firme su nueva doctrina de gobierno, la doctrina de su rei patriota, dominador de las facciones, señor del parlamento.

Pero, aquella mayoría, obra de artificio i de inmoralidad, no podia tener bases de solidez i cohesion, como nunca las tendrá lo que no es natural, ni lejítimo, ni honrado.

Las fuerzas efectivas del favorito no estaban en relacion con el número de votos de que habia podido disponer en una votacion especial, sobre un negocio

determinado i de carácter internacional. Bien pronto vióse envuelto en nuevas i mayores dificultades.

El artículo mas importante de su presupuesto de entradas era un impuesto sobre la cidra. Esta medida fué combatida, no solo por aquellos que eran ordinariamente hostiles a su gobierno, sino tambien por considerable número de aquellos que podian ser contados entre sus partidarios. La sisa, contribucion indirecta, habia sido siempre odiosa a los tories, i los condados que particularmente sufririan el nuevo impuesto, eran tories. Juan Philips, el poeta de las vendimias, ponderaba el país de la cidra por su constante fidelidad al trono, i decia que todos los podadores de sus mil huertos i verjeles habian trocado sus cepas por espadas para servir a los desgraciados Estuardos.

El plan financiero de lord Bute tuvo por efecto hacer que los jentilshombres i los cultivadores de los distritos productores de cidra se aliaran, para resistir el impuesto, a los whigs de la capital. Los condados de Hereford i de Worcester estaban convulsionados. La cité de Londres, que solo tenia en la cuestion un interés indirecto, estaba aún mas exasperada, si era posible.

La discusion de este asunto causó además al gobierno un mal irreparable. La exposicion financiera del canciller del Echiquier fué de una confusion i de una absurdidad que pasaron los límites de lo creí-

ble: la cámara lo acogió con estallidos de risa.

Pero, el ministerio tenia mas serios desagradados que soportar. El odio que los tories i los escoceses profesaban al *leader* Fox era implacable. En un momento de estremado peligro, habian consentido en ponerse bajo su direccion; pero, pasada la crisis, su aversion estalló: unos lo jalebaban sobre las cuentas del puesto que desempeñaba, de pagador jeneral; otros interrumpian brutalmente sus discursos con risotadas i exclamaciones irónicas.

Por su parte, Fox deseaba naturalmente salir de tan penosa situacion, i reclamó el título de par que le habia sido prometido bilateralmente en recompensa de sus servicios de piloto durante la tempestad pasada. Divisaba nuevas nubes amenazadoras, i queria apresurarse a ganar el fondeadero.

La situacion se complicaba. Claro, parecia que algo habia que cambiar en la composicion del ministerio; pero, aún entre aquellos que, en razon de su posicion, podian pasar por impuestos de los secretos del gobierno, tal vez ninguno preveía lo que en realidad sucedió. Con asombro del parlamento i de la nacion, se anunció de repente que el primer lord de la tesorería, lord Bute, el favorito de la corte, el jefe del gabinete, habia presentado su renuncia!

Veinte esplicaciones diferentes se dieron de este estraño suceso: unos lo atribuian a un cálculo profundo; otros, a un pánico súbito; muchos aseguraban

que los libelos de la oposicion habian arrojado al oonde del campo de batalla. Oficialmente, indicó él su mala salud como razon de su retiro. En sus conversaciones privadas, se quejaba de no haber sido cordialmente sostenido por sus compañeros, i en particular, de no haber sido sostenido en la cámara alta por lord Mansfield, a quien habia hecho entrar en el gabinete. Ni el sueldo de su cargo ni nuevos honores debieron importarle mucho: por muerte de su suegro, acababa de entrar, a los 48 años de edad, en posesion de una fortuna de príncipe. De honores, se habia ya asegurado todos los que podian otorgársele: la jarretiera para sí, i para su hijo, un título de par de Inglaterra. Parece sí haber creído que, dejando el ministerio, escaparia a las injurias i a los peligros i que así, privadamente, en la intimidad del rei, ejerceria sobre el espíritu de éste una influencia superior i menos espuesta a los ataques.

Cualesquiera que fueran los motivos, el hecho es que Bute se retiró. Al mismo tiempo, Fox buscó un refugio en la cámara de los lores i Jorje Grenville pasó a primer lord de la tesorería i canciller del Ecliquier.

Los que de aquella suerte arreglaron las cosas, reconstituyendo el ministerio, tenian seguramente ya formal intencion de convertir a Grenville en títere entre las manos del favorito Bute, pues los mismos que de tiempo atrás observaban

al nuevo jefe del gabinete no lo conocian bien.

Pasaba simplemente por un hombre de trabajo, como que tenia toda la actividad, la minuciosa exactitud, el formalismo i el poder de fastidiar que distinguen a ese tipo político; pero, tenia además otras cualidades que no se habian manifestado todavía: una ambicion insaciable, un coraje intrépido, una confianza en sí mismo que llegaba hasta la presuncion, i un carácter incapaz de soportar contradiccion. Estaba dispuesto a no ser instrumento de nadie, i no habia vínculo alguno, personal o político, que lo uniera a lord Bute.

Estos dos hombres no tenian, en verdad, nada de comun, si no era su gusto bien pronunciado por las medidas rudas e impopulares. Sus principios eran radicalmente diversos: Bute era tory; Grenville habria montado en cólera contra cualquiera que le hubiese negado su título de whig. Se sentia mas inclinado que Bute mismo a los procedimientos tiránicos; pero, no gustaba de la tiranía sino cuando ésta se revestia con las formas de la libertad constitucional.

La voz del pueblo era para Grenville la voz de Dios; mas, el solo órgano lejítimo por el cual podia hacerse oír la voz del pueblo era el parlamento. Todo poder emanaba del pueblo; pero, el pueblo habia delegado su poder al parlamento. A sus ojos, un primer ministro que poseyese la confianza de la

cámara de los comunes, debía ser el *maire* del palacio; el rei no debía ser mas que un rei cabelludo, un Chilperico o un Childerico, considerándose bien feliz con tener a su disposicion un departamento tan hermoso como el de Saint-James i un parque tan bello como el de Windsor.

De esto a la nueva doctrina de gobierno ensayada por la corte de Jorje III habia alguna distancia!

Las opiniones de Bute i de Grenville eran, pues, diametralmente opuestas, i no existia tampoco amistad personal entre esos dos hombres de Estado. El perdón no cabia en la naturaleza de Grenville, i bien recordaba éste cómo habia sido obligado, pocos meses antes, a ceder a Fox el puesto de *leader* del gobierno en la cámara de los comunes.

En sus relaciones con la corte, el gobierno de Jorje Grenville fué una serie de ultrajes a la dignidad de la corona.

Los ministros dieron a entender claramente al rei que estaban decididos a no ser instrumentos o creaturas del favorito lord Bute, i lo forzaron a prometerles que ningun consejero secreto tendria acceso al oído real. Bien pronto, sin embargo, tuvieron ocasion de sospechar que la promesa no habia sido cumplida: entonces hicieron a su señor representaciones menos respetuosas que las que estaba acostumbrado a oír, i le dieron quince dias para que eligiera entre su favorito i su gabinete.

Jorje III se encontró en la mayor turbacion. No mas que algunas semanas antes, se habia regocijado de haber escapado a la esclavitud, sacudiendo el yugo del gran círculo whig; habia enfáticamente declarado que su honor jamás le permitiría tomar de nuevo a su servicio a los miembros de aquel partido; i hé ahí que, de repente, se encontraba con que no habia hecho otra cosa que cambiar de señores, i que los nuevos eran aún mas duros i mas imperiosos que los antiguos.

En su angustia, el rei pensó en M. Pitt. A pesar de haberlo hecho antes salir del ministerio i denigrar en la prensa, pensó que tal vez le seria posible obtener de Pitt mejores condiciones que de Grenville, su duro señor actual, o del grueso de los whigs, cuyo jefe era aquel viejo duque de Newcastle, despedido tambien antes, con tan pocos miramientos i tanta tonte-ría, por el favorito Bute.

Regresando de una escursion campestre, el primer ministro Grenville se dirijia al palacio real, i sorprendióse de encontrar, a la entrada, una litera cuya forma le era bien conocida, a él como a toda la ciudad: se hacia aquélla notar por una gran bota alargada, hecha para recibir cómodamente la pierna gotosa del gran burgués.

Grenville lo adivinó todo: su cuñado Pitt conferenciaba en el gabinete del rei. Lord Bute mismo, irritado por lo que, de parte de sus sucesores en el

ministerio, consideraba una conducta hostil e ingrata, habia propuesto hacer llamar al palacio a M. Pitt, i el rei le habia prestado oído, contrariando su formal promesa de no dar acceso al favorito.

Pitt tuvo audiencia dos dias seguidos. Lo que se habia pasado en la primera entrevista le permitió creer que las negociaciones llegarían felizmente a término; pero, el día siguiente, encontró al rei menos tratable.

A lo que parece, Pitt representó a S. M. cuán importante era conciliarse a los jefes del partido whig, por mas que hubieran incurrido en el desagrado real. Habian sido, decia, los amigos mas fieles de la dinastía de Hanover; su poder era grande; eran hombres desde antiguo versados en el manejo de los negocios públicos. Si la sentencia de exclusion debia ser mantenida contra ellos, imposible era formar un ministerio sólido i durable.

Su Majestad, que sin duda todavía contaba demasiado con *los amigos del rei*, no pudo soportar la idea de entregarse de nuevo a las manos de aquellos a quienes habia recientemente despedido de la corte con las mas acentuadas muestras de su cólera.

«Lo siento, mister Pitt, dijo el rei; pero, veo que esto no puede llegar a término. Mi honor está comprometido. Es forzoso que yo defienda mi honor».

El cómo Su Majestad logró defender su honor es lo que bien pronto vamos a ver.

M. Pitt se retiró, i el rei vióse reducido a volver a los mismos ministros a quienes habia estado tratando secretamente de arrojar, i a suplicarles que se dignasen permanecer en sus funciones.

Durante los dos años enteros que se siguieron a ese dia, Grenville, estrechamente ligado desde entonces con los Bedfords, fué el señor de la corte, i se manifestó un señor altanero i duro. Sabia que, si conservaba su puesto, era solo porque el rei no podia sino elejir entre los whigs i él.

La última tentativa hecha para desembarazarse de él habia excitado el resentimiento de Grenville; el aborto de la tentativa, lo habia libertado de todo temor. Jamás habia sido cortesano cortés; pero, desde entonces, comenzó a usar un lenguaje que ningun rei de Inglaterra habia sido obligado a oír.

Pitt se retiró por el momento a la vida privada, i Grenville quedó sin contrapeso en el gobierno. La aversion de Su Majestad contra los ministros aumentaba dia a dia, i los ministros se manifestaban tambien dia a dia mas duros i tirantes.

Grenville se negó, i de mal humor, a acceder a un sencillo deseo del rei, que pedia se consagrarse cierta suma a comprar unos sitios eriazos que limitaban por el oeste el jardin de su palacio de Buckingham-House. A consecuencia de la negativa, aquellos sitios se cubrieron bien pronto de edificios particulares, i el rei i la reina, en sus paseos mas íntimos,

quedaron espuestos a las miradas indiscretas desde las ventanas superiores de cien casas.

No era eso lo peor: Grenville era tan pródigo de palabras como avaro de guineas. En vez de explicarse con la concision, la claridad i la animacion propias para interesar a un espíritu j6ven, novel en los negocios, hablaba en el gabinete del rei justamente como hablaba en la c6mara de los comunes. Cuando su arenga habia durado dos horas, miraba su reloj i se escusaba de la estension de su discurso; en seguida, lo continuaba una hora mas. Los miembros de la c6mara podian hacer callar a un orador a fuerza de toser, o podian dejar la sala e ir a comer, privilejio de que usaban sin el menor reparo cuando era Grenville el que hablaba; pero, el pobre rei tenia que soportar toda aquella eterna i fastidiosa elocuencia con una cortesía desesperante. Nunca, hasta el fin de su vida, dejó de recordar con horror las arengas de Grenville.

Mientras Pitt se mantenía alejado del parlamento, propuso Grenville una medida destinada a enjendrar una gran revolucion, cuyos efectos sentirá, durante largo tiempo, toda la especie humana: tal fué la lei que impuso un derecho de timbre a las colonias de la América del Norte, dando origen a la independencia de éstas i al nacimiento de una grande i poderosa nacion.

La lei del timbre no será olvidada mientras el

mundo dure; pero, por el momento, ocupó menos la atención pública en Inglaterra que otra lei, hoi dia casi enteramente borrada de nuestros recuerdos.

El rei cayó enfermo i se le creyó en peligro. Su enfermedad era, al parecer, la mista que mas tarde, en diversos períodos, debilitó su cerebro i su razon hasta ponerlo en estado de no poder desempeñar sus funciones de rei. El heredero presuntivo no tenia entonces mas que dos años de edad, i parecia oportuno proveer a las necesidades del gobierno en caso de menoría.

Las discusiones sobre este punto determinaron una crisis en la querella trabada entre el ministerio i la corte. Quería el rei hacerse conceder el derecho de nombrar rejente por testamento. Los ministros creían, o finjian creer, que, si ese derecho le era acordado, no dejaria de nombrar a la reina-madre, tal vez al mismo conde de Bute. En consecuencia, insistian desde luego en que se agregara a la lei una cláusula que restringiera la eleccion a los miembros de la familia real. Despues de haber escludido así a lord Bute, apremiaron al rei para que dejara escluir tambien a la reina-madre, cuyo nombre, le decian, la cámara de los comunes borraría infaliblemente.

El rei no estaba en situacion de resistir ni siquiera esa cruel exigencia, que importaba un grande i público insulto, i prestó a la exclusion de su madre un asentimiento que le repugnaba. En el proyecto pre-

sentado al parlamento, el nombre de la princesa no figuró en la lista de las personas con calidad para ejercer la rejeñcia.

El resentimiento del rei habia llegado a su colmo. El mal presente le parecia mas intolerable que cualquiera otro. El grupo mismo de los grandes señores whigs no podria emplear contra él peores procedimientos que sus ministros actuales. En su angustia, abrió su corazon a su tio, el duque de Cumberland.

Procuró éste sacar de la esclavitud a su real sobrino, verificando una reconciliacion entre el trono i los whigs, en condiciones mutuamente honrosas. A este efecto, ocurrió de nuevo a M. Pitt, i fué a rogarlo de nuevo en su residencia de Hayes; pero, influenciado por su mal jenio, lord Temple, que trabajaba por la union de los tres hermanos, como el público llamaba a Temple, Grenville i Pitt, éste se manifestó intratable, i el duque de Cumberland concluyó por aconsejar al rei que se sometiera a la necesidad i soportara a Grenville i los Bedfords.

El estado de incertidumbre en que flotaba el gobierno habia producido un relajamiento jeneral en todos los departamentos del servicio público. Reuniones populares que habrian sido inofensivas en otras épocas se trecaron en motines i no tardaron en elevarse a la dignidad de revueltas. El palacio del parlamento fué sitiado por turbas de obreros. La casa del duque de Bedford fué asaltada por un po-

pulacho furioso, i fué menester acudir a ella con tropas de infantería i de caballería. Algunos atribuían esos tumultos a los amigos del inolvidable lord Bute. Cualquiera que fuese la causa, el efecto era una inquietud jeneral.

La mayoría que apoyaba a los ministros en el parlamento no podia ser vencida por los conservadores, tories, i los amigos personales de S. M. En tales coyunturas, no quedaba al rei qué elejir. Con verdadera amargura anunció, pues, a Grenville i a los Bedfords que habia resuelto conservarles.

El público consideraba jeneralmente a los *amigos del rei* como un cuerpo cuya alma era el favorito lord Bute. En vano el conde hacia profesion de haber concluido con la política; en vano perseveraba, año tras año, en no concurrir a las asistencias o recepciones de palacio; en vano se iba a Escocia o se iba a Roma. Que Bute, por algun medio inesplorable, dictaba todas las medidas de la corte, era una conviccion arraigada en los espíritus.

Abortado por segunda vez el proyecto de separarlos, los ministros respondieron exijiendo a S. M. su real palabra de que en lo sucesivo jamás consultaria a lord Bute. La promesa fué hecha.

Entonces pidieron otra cosa mas: el hermano de lord Bute, M. Mackenzie, ocupaba en Escocia un puesto lucrativo; era preciso destituir a M. Mackenzie. El rei contestó que ese puesto habia sido conferi-

do en circunstancias especialísimas i que, además, habia prometido no quitarlo a M. Mackenzie mientras viviera. Grenville se obstinó: M. Mackenzie fué destituido.

Reducido a tan triste condicion que llegó a ser objeto de lástima para aquellos que, sin pensar, ponian el mantenimiento de las instituciones i los intereses nacionales a los impulsos del corazon, Jorge III volvió ardientemente sus ojos hácia aquellos jefes whigs que habian sido objeto de su aversion mas constante, a quienes habia jurado no llamar jamás por jamás, a quienes debia llamar, sin embargo, con Pitt, con Rockingham, con el mismo viejo duque de Newcastle, con muchos otros, toda vez que la composicion del parlamento lo exigiera. Así debia llamarlos, entregándoles, lo que no podia quitarles, el gobierno de la nacion, durante gran parte de su largo reinado, concluido en la demencia. Pero, esto es anticipar.

Tornó, pues, en aquella estremidad su vista el rei hácia los jefes whigs, con demostraciones halagüeñas, síntomas que irritaron a sus ministros, los cuales tenian reservado todavía para su soberano un insulto mas oprobioso que todos los anteriores.

Grenville i el duque de Bedford pidieron al rei una audiencia i le leyeron un memorial en muchas pájinas que habian redactado con grande esmero. Jorge III era allí acusado de haber faltado a su pa-

labra i de tratar a sus ministros con insigne mala fé. La reina-madre era mencionada en términos que nada tenían de lisonjero. Se daba a entender que la cabeza del favorito Bute corría peligro. Se decía netamente al rei que no debía continuar manifestándose, como lo habia hecho, descontento de la situación en que estaba colocado, i que debía mostrar frente severa a la oposición i poner en público cara amable i alegre a sus ministros.

El rei interrumpió muchas veces la lectura para declarar que habia cortado toda relacion con lord Bute; pero, los ministros continuaban, sin tomar en cuenta aquellas denegaciones, i el rei tuvo que seguir hasta el fin escuchando en silencio.

El período de sesiones del parlamento habia terminado. El triunfo de los ministros impuestos i sostenidos por la cámara, era completo. Jorje III estaba prisionero casi tan estrechamente como Carlos I en la isla de Wight.

Tales fueron los frutos de la nueva política proclamada, hacia poco tiempo, por el rei, la reina-madre i su favorito, como la garantía segura del trono contra toda supremacía de súbditos insolentes. Tal fué el inevitable éxito del ensayo de aquella nueva teoría del rei patriota, emancipado del parlamento i de las facciones personales, como decian.

La teoría era absurda, i la empresa de implantar-

la, pueril. El resultado, como todo hombre de mediana sagacidad debia preverlo, fué el mas lastimoso i ridículo fracaso.

